

## CAPÍTULO I

Era ya la hora de comer, hora en la que había quedado en un piso de mi propiedad para hablar con Nelly, con la pequeña Nellyta, sobre un tema que en un principio me interesaba. Mientras subía en el ascensor no paraba de mirarme al espejo de la cabina, no por narcisismo sino para ver las ojeras incipientes que invadían mis párpados, efecto sin duda de la edad —o al menos es lo que suponía con cierta desazón—. Me quedaba fijamente mirándolo y me estiraba su pellejo con la inútil esperanza de que así se quedasen, pero no había manera y al soltarlo volvía a su lugar de origen, un asco. Cuando llegué a mi destino, en el onceavo, metí la lave y entre con cautela a la vez que golpeaba ligeramente la puerta para que se dieran cuenta de mi presencia —siempre he creído que era de mal gusto entrar en una casa donde no vives de cualquier manera, los habitantes necesitan un respeto ¿o no?—. Nada más entrar, en la cocina, estaba Nellyta con sus dos hijas, Natalia y Zulema. Estaba cocinando un plato típico de su país, de Perú, Ceviche creo que era. La saludé con un par de besos cordiales mientras le dedicaba una cordial sonrisa y ella me respondió de igual manera, con otra todavía más alegre. También besé a Zulema y después a Natalia, solo que a esta el beso fue mucho más cómplice y mi mano rozó su cintura disimuladamente con lo que ella se estremeció como lo hacía continuamente.

—Me ofrezco a poner la mesa —les dije, cosa que me gustaba hacer y que de hecho hacía habitualmente.

—Sí, sí. Espero que te guste lo que os he preparado. A mis hijas les encanta pero no sé lo que opinarás.

—Conmigo sabes que no vas a tener problemas. Nelyta, he traído una grabadora para no perderme nada de tus historias ¿te importa que la use? Así no me olvidaré nada de lo que digas.

Nelyta esbozó una sonrisa de satisfacción al ver que alguien se ocupaba de sus historias, historias que yo presuponía llenas de misterio. Ella me comentó que había escrito cuentos cortos para niños basados en su propia imaginación pero que no habían salido de su círculo de amistades.

—Nellyta, te agradezco que me cuentes las vivencias que has tenido a lo largo de tu vida. Ya sabes que soy un poco curioso y que me gusta oírte hablar.

Realmente Nelly era para mí un caso excepcional, era una mujer menudita —no creo que llegase al metro cincuenta de estatura—, morenita de cabello y tez, unos vivísimos ojos negros que se te clavaban en el corazón cada vez que te miraban, y una cara marcada de arrugas fruto de una larga vida llena de vivencias. Me agradaba su aspecto dulce y desaliñado, me gustaba cuando se tapaba la boca al reír por cualquier tontería, me gustaba su forma de hablar melodiosa y como encadenaba una palabra tras otra cuando me contaba alguna vivencia haciendo énfasis en cada aspecto de la narración. No era especialmente culta porque en su época y en su país de origen la educación era escasa pero no por ello dejó de esmerarse en ser una persona ordenada.

Cada vez que se expresaba me envolvía en un manto de dulzura, con palabras melodiosamente pronunciadas, con un tono que definiría como angelical.

—En la sobremesa te acosaré. Prometiste contarme historias de las tuyas y no te las voy a perdonar, si no te dejo sin comer o lo que es peor no me comeré lo que me pongas, así que tú sabrás lo que haces.

Su reacción era siempre la misma, se reía tapándose la boca como si le diera vergüenza que la viéramos, pero incluso eso me agradaba, —me gusta la gente tímida, sin prepotencia, cauta pero muy divertida como era el caso.

—Y que sepas que cada semana tienes que contarme una de tus experiencias, que bastante cara me ha costado la grabadora.

Una vez llegada la sobremesa, después del riquísimo café de Colombia que nos sirvió Natalia, empezó a hablar con unas ganas inauditas, como si lo que fuera a decirme le quemase en la garganta, Así lo hizo:

«Te voy a contar cosas que yo por curiosa escuchaba y cosas que me han pasado, será por lo que he escuchado, por lo que he visto... no sé. Mi esposo era chófer de un camión, llevaba fruta y cuando me case con el viajábamos juntos de noche y la carretera de la sierra para la montaña era muy peligrosa. Pasábamos unos túneles largos que parecían que no iban a acabarse y había partes en que los árboles hacían así, como ramas trenzadas y los camiones pasaban por allí. Parecía como si tuvieran vida y nosotros pasábamos a ras del barranco y nos demorábamos ocho días, doce días cuando había derrumbes, pero mayormente demorábamos por lo menos tres días de ida y tres de vuelta. Recuerdo que cuando compramos aquella vez fruta en la Aguaitia era verde, verde y dura, y ya llegaba a su destino madura».

Yo escuchaba historias de los amigos de mi esposo y me gustaban porque yo era muy fantasiosa. Me acuerdo en concreto de una fecha, la del cumpleaños de mi sobrina Magali —como era hija de mi hermana Emil y había nacido en el hogar donde vivíamos yo la quería mucho, pero mucho mucho y todavía

la quiero y mi esposo también la quería mucho porque era muy bonita, es bonita, blanca, un muñequito— en el que iba a hacer los cinco añitos de edad. Entonces estábamos yendo por la carretera y mi esposo dice que pensaba en su mamá, en sus hermanos y en el medio iba el copiloto, el que ayudaba a mi esposo, que pensaba en la fiesta de su pueblo y yo solamente pensaba en mi sobrina Magalita, tres pensamientos diferentes. Mi esposo piloto manejando, a su lado el copiloto y yo, al lado de la ventana, cada uno con sus diferentes entretenimientos. Luego me entere al final de lo que pasó. Hay partes que me he olvidado, prácticamente me había olvidado de esa historia hasta que mi hija me la hizo recordar.

Yo iba tan y tan concentrada en mi sobrina, en que iba a pasar su cumpleaños triste, que vi a una niña que salía del túnel donde íbamos a pasar nosotros pero para cruzar el túnel había un abismo, terminaba el abismo y empezaba el túnel. Estábamos ahí, en el silencio de la noche, una noche oscura, de una intensa niebla en la que solo se veían las luces de los carros al cruzarse. Entonces yo vi a una niña que se acercaba caminando, mi esposo también vio a esa niña y el copiloto vio a su hermana en la bruma de la oscura noche, pero veía algo totalmente distinto, a su madre y a su hermana. El carro seguía y seguía andando y la niña se iba acercando y acercando hacia nosotros. Yo me olvide de mi esposo, del copiloto, me olvide de donde yo estaba, solo pensaba en que venía a mi sobrina y que iba a abrazarla. Mi esposo también me quería decir «mira, ahí está Magali», imagínate. Era como una fantasía o un fantasma que se acercaba porque era imposible que ella estuviera allí, ella estaba en Tarma y lo que te estoy contando era en Pucalpa, de Tarma a Pucalpa son como unas veinticuatro horas de viaje. Mi esposo viajaba de la sierra a la selva a comprar plátanos y de la selva nuevamente regresaba no por Tarma sino por Tico y se llegaba a Lima, ese era el recorrido que hacía con mi esposo. Pero esa noche cada uno iba en su pensamiento por la soledad, por el cansancio, y yo me alegre al ver que mi sobrina se acercaba al carro y no pensábamos que estábamos lejos de la verdad, solamente veíamos a mi sobrina que se acercaba hacia nosotros. La veía alegre, muy alegre y cuando ya iba a llegar al carro la miro bien así y veo sus pies de la que creía que era mi sobrina. Veo sus pies y eran como unas patas de gallo, una especie de garras y yo me asuste, “uf” dije yo, «Jesús», «Jesús», grité. Se aceleró esa imagen y pasó así al lado de la ventana donde yo estaba situada y vi su cara, nunca olvidaré ese rostro horrible, horrible, horrible. Era el rostro de un ser que nunca he visto, ya no era mi sobrina, lo que había visto de mi sobrina era como un engaño. Era el Chula-chaqui —ya ves que me has hecho recordar—, espíritus del monte que buscan cambio. Los que mueren buscan su cambio. Chula-chaqui significa *un pie bueno y otro pie de garra*.

Gracias a Dios a mi sobrina no le había pasado nada pero ese ser quería cambio, no sé, después me explicaron. Yo recuerdo que grité al ver esa cara y con el grito fue que mi esposo reaccionó y frenó el camión. Bajamos los tres y vimos como el camión tenía una rueda ya en el abismo, imagínate. Cuando paramos ya no estaba el animal allí pero sí un olor a plantas muertas del bosque, del monte. No era olor de muerto tampoco, era un olor a hierba mala. Al bajar mi esposo habló disparates y dijo que allí hubiésemos muerto los tres y yo agradecí a Dios que nos hubiera salvado ya que nuevamente empezamos a nacer. A partir de ese momento empezó a manejar el copiloto y empezamos a contar lo que había pasado. El copiloto dijo que había pensado en su mamá y que había visto que su mamá se acercaba queriendo abrazarle y que él quería ir donde su mamá y mi esposo se dirigía hacia el ser inconscientemente porque creía que era su sobrina. Yo solo veía a mi sobrina pero vi su pie, si no veo su pie quizá hubiésemos muerto porque nadie hubiese reaccionado y nos hubiésemos ido al abismo porque cada uno estaba viviendo su momento de felicidad pero yo grité «Jesús, Jesús » del miedo. Estábamos adormilados, como hipnotizados. Después de todo esto mi esposo se puso en la ventana y yo al medio y cada uno iba contando su historia.

Esas cosas pasan no solamente a nosotros sino a cualquier chofer viejo o camionero que viaja a la montaña de Tocalpa y a la Aguaitía. A todos les ha pasado unas historias así similares. Dicen que es la *Novia del monte*. Yo ya no quería dormir, siempre he sido muy precavida y tenía el presentimiento de que algo más iba a pasar. Iba mirando así, cuando veo que una sombra se pone en la parte de atrás del camión, porque yo no hacía más que mirar por el espejo. Los hombres me regañaron y me dijeron que debía de dormir, pero estaba segura de que una sombra se subió al camión. Les dije «se ha subido atrás, se ha subido atrás» y empecé a gritar y a asustarme. Entonces el copiloto, ahora chofer, dijo «no hay nada señora» y yo dije «sí, la he visto» y no quería mirar atrás porque tenía miedo de que la sombra me estuviera mirando. ¿Y sabes cómo pasó todo? Cuando ya estábamos entrando en ese pueblo que les digo —en la montaña de trecho en trecho hay pueblitos, hay casitas— que no sé el nombre porque ya los años me han hecho olvidar, y cada pueblito tiene su parroquia, tiene su iglesia, tienen sus historias, tienen sus leyendas. Cuando ya estábamos cerquita de ese pueblo, la cruz de la parroquia se veía clarita y con la luz del carro se veía más, como un milagro se ilumino la cruz y dije «gracias a Dios, gracias a Dios». Paramos el carro y ahí hemos dormido y ya no nos pasó nada, hasta el día siguiente.

La mujer estaba emocionada, se reflejaba en sus ojos el deseo que tenía de hablar, de darse a entender, de que todos conociesen su historia. Continuó:

«Yo era muy pícaro de niña, creo que demasiado. Mi padre, mi madre, mi abuela me decían “nunca vayas a agarrar la legaña del ojo del perro y echártela a tu ojo” porque yo ya quería echarme “porque ahí sí que te vas a morir”. Yo ya tenía la tentación de echármela porque era rebelde, me decían que no y yo hacía justo lo contrario. Mi abuelo, que se llamaba Juan, me hizo sentar a su lado y me dijo “lo que te ha dicho tu abuelita es por tu bien, hijita. Te voy a contar lo que pasó en mi familia, con mi hermano José. Todo es verdad y tienes que aprender a creer, hay cosas en la vida que son reales, para ti todo es broma. Yo era pequeño, tendría tu edad y mi hermano unos veintidós años y estábamos en casa el día que se había muerto nuestra abuela y hablaban de espíritus” —allá en la sierra justo en el velorio es cuando les da por hablar de espíritus—, y empezaron a contar de la legaña del ojo del perro, sobre todo del Pichí, un perrito muy pequeño callejero. Mi hermano José era un pícaro como tú y nosotros le habíamos dicho que no lo hiciera pero él agarró al perro, le agarró la legaña y se la echó al ojo. No pasó nada pero a los días él ya no quería dormir solo, se metía en el cuarto de sus padres pero su padre, un hombre viejo, le echaba de allí. Cambió de la noche a la mañana, se volvió malo con sus hermanitos, les pegaba e insultaba. Un día empezó a decir “Fuilano de tal va a morir porque anoche he visto su alma que ha pasado”. Todos se rieron pero se cumplió la profecía. En esa época en Tapol, el pueblo donde han pasado estos hechos, en la punta de un cerro mi hermano José empezó a ver fantasmas, muertes...y justo a Tapol llegó una epidemia y se moría mucha gente. Un día estaba sentado mi hermano solo —le gustaba andar solo, ya no comía— en la puerta de su casa contemplando la noche al igual que nosotros contemplamos el día y dijo que al día siguiente se iba a morir su prima hermana, entre tres mujeres se va a ir y dio el nombre de las tres. Dos se iban contentas de este mundo pero la que no quería ir era nuestra prima. A ella la han tenido que jalar las otras mujeres para que se la lleven, y nuestra prima como lloraba, como gritaba, porque no quería ir por sus hijitos, pero se la llevaron. Llegó el día siguiente y las tres murieron. El por lo que hablaba ya empezaba a tener fama y todos le achacaban sus poderes a que se había echado la legaña del perro. Tenía un hermano mayor que estaba en el monte, antes iban al monte a cazar para comer y él se había ido al monte de la selva, y José dijo “nuestro hermano Daniel va a morir” y describió las condiciones en las que vendría, su vestimenta, todo “va a venir enfermo y al día siguiente va a morir”. Así fue, al día siguiente vino Daniel malo, decaído “¿Qué tienes?” le preguntaron “estoy mal” respondía “tengo susto porque disparando a los animalillos un puma se me ha abalanzado y no le he podido disparar, me ha rasgado”. Era verdad que lo había hecho, tenía arañazos en la cara, en el pecho “y me he asustado”. Antes no había médicos sino curanderos, ¿a este pueblito que médico iba a llegar? El curandero le dijo

“no, no se va a salvar porque su corazón está partido porque le han jubiado” —jubiarse es cuando a un animal o una planta pasan las dolencias de las personas por todo su cuerpo y después esa planta o ese animal saca la enfermedad—, le pasaron con un cuye por su cuerpo y cuando lo abrieron se dieron cuenta que el corazón del animal estaba partido. El curandero dijo a su mamá “no, tu hijo no va a durar ya mucho tiempo, su corazón está partido, no va a vivir”. Y dicho y hecho, dicen que murió conforme se había dicho y lo enterraron, se cumplió todo lo que su hermano José pronosticó.

»Otra vez dijo que se iba a morir su hermana, porque la había visto tirarle piedrecitas y va a morir, la van a matar. Así lo hablaba como una cosa normal y al día siguiente también la habían encontrado muerta, la habían matado cuando iba a ir a recoger alfalfa. Sí, la habían matado.

»El ya llegó a tener su fama, algunos le corrían, le tenían miedo y decían “ese tiene pacto con el más allá” y un día dicen que él, que ya andaba solo, andaba como un loco, hablaba en la noche, ese día desapareció. Decían “ya se murió” o que se yo. Buscándolo lo han encontrado en el río, en Tapu, sentado en un tronco y cuando le han visto le han llamado por su nombre. Como no hacía caso sus hermanos se han ido hasta el tronco y le han encontrado bien sentado y le han sacado y estaba muerto, frío, pero no había parte de su cuerpo que no estuviera cubierto de heces, de animal, de persona, los oídos, los ojos, la nariz, todo. Se cree que se ha muerto atorado por eso».

»Así termino su historia y eso es lo que me contó mi abuelito y me dijo que así pasa cuando se pintan la legaña del perro. Me dijo “no, mamita, no te vayas a echar”. Nunca me eché pero aprendí a respetar lo que me decían».

\*

Cogí el coche para dirigirme a casa. Desde que las cosas no me iban tan bien lo tenía hecho un desastre, al igual que mi apariencia física y mi humor que se había transformado poco a poco en absolutamente insoportable. Todavía sabía comportarme con la gente y tratarla con educación y respeto pero confieso que no lo hacía de muy buena gana y que muchas veces me gustaría gritar a unos y a otros en su propia cara, pero todavía me contenía —educación ante todo ¿o no?

No funcionaba el mando a distancia y tenía que abrir con la llave manual —una llave muy pequeña e incómoda— la puerta del copiloto y saltar al asiento que me correspondía, un suplicio. Cada vez que me ponía a conducir los nervios me afloraban todavía más aunque no me afectaba para la conducción.

Me fui a casa con el pensamiento puesto en aquella mujer, en lo que decía, en como vivía cada frase y enfatizaba con una precisión milimétrica el carácter que deseaba darle. Me caía muy bien la viejita y aunque siempre he sido muy reacio a creer este tipo de historias, de siempre me han gustado y he buscado

quien me las contase; me llevan a un mundo irreal, de situaciones irreales y oníricas en las que quisiera sumergirme. Increíble y fantasioso, la combinación perfecta para no llegar a nada.

Las calles se iban sucediendo una a otra sin percatarme de ello, tal era mi fijación por aquella mujer a la que ya conocía de un tiempo atrás, y a lo rutinario de un trayecto que ya había recorrido millones de veces.

Llegué a casa y todavía no había vuelto nadie así que me senté en el sofá, respiré profundamente y cerré los ojos por un instante. De seguido busqué en el bolsillo del pantalón la diminuta grabadora, la miré con desgana, le di vueltas como intentando buscar algo indefinido y finalmente la solté encima de la mesa mientras resoplaba. Tenía tiempo mientras llegaban los niños y su madre de transcribir algo de lo que Nelyta contó pero la desidia me invadió, cosa que pasaba con demasiada frecuencia a mi modo de ver.

Tras unos segundos de relajación me serví un licor dulce de los que me gustan e hice acopio de fuerzas para coger la grabadora y arrastrarme hasta el ordenador para hacer algo productivo. Al sentarme sonreí acordándome de los que los míos decían cada vez que me ponía a escribir y que es mejor que no os lo mencione para no escandalizaros.

Escribía solo para mí, para plasmar en hojas cosas interesantes y procurar que no se me olvidasen y leerlas de vez en cuando, no se ya si para extasiarme o para reírme de mi mismo y de mi credulidad. Sea como fuere empecé a teclear pero la transcripción se hacía horrorosamente lenta dado que tenía que parar continuamente el aparatejo para echarlo para atrás intentando no equivocarme o para entender a la buena de la viejita.

Creo que llevaría cosa de dos horas cuando oí a la familia entrar por la puerta de la casa, como siempre precedidos de un monumental escándalo de niños de corta edad

—¡Papá, papá! —gritaban mientras subían las escaleras al segundo piso donde yo estaba.

—No te puedes imaginar lo que nos ha pasado —decían mientras los besaba.

Su madre por detrás mantenía una cara de resignación que me hacía gracia y que denotaba que de nuevo se habían salido con la suya.

Como os podréis imaginar en dos niños de doce y diez años se atropellaban mutuamente mientras hablaban, se empujaban e insultaban, pero por fin, creo que su madre puso fin a la disputa y dijo:

—¿Recuerdas que la perra del conserje del cole de los niños estaba preñada? Pues bien, ya ha dado a luz una camada de siete perrillos y aunque no son de pura raza también merecen vivir ¿No crees? —argumentó mientras me miraba a los ojos y se mordía el labio inferior creo yo que un poco avergonzada—. Así que me ha convencido para que adopte a uno de ellos.

—Si papá porque si no ya sabes que los van a sacrificar y eso no nos gustaría ¿verdad? —dijo Luis mientras ponía una más que estudiada cara de pena que más que tristeza lo que daba era risa.

Ante tanta argumentación no tuve más remedio que reírme con ellos.

—La cuestión es que aquí lo tienes.

La madre hizo un gesto con la cabeza y los niños bajaron de planta. Al segundo subieron con una pequeña cesta de mimbre con algo muy pequeño que se movía. Efectivamente era un cachorrillo de perro bastante feúcho y de aspecto callejero

—Sabes que la economía no está para mucho gasto, amor —recordé a María.

—Lo sé, pero siempre puede alimentarse de las sobras y ya le sacaremos de paseo. Además los Reyes de este año no han sido especialmente generosos ¿verdad?

—Sí, ya, que lo vamos a sacar a la calle. Me estoy viendo todos los días dando un paseo nocturno al bicho. Por lo demás tienes razón, tendremos que adóptalo.

Me hacía gracia la nueva e inesperada responsabilidad pero bien pensado si éramos capaces de llevar adelante a dos criaturas como las nuestras como no íbamos a ser capaces de criar a un ser tan insignificante como ese ¿o no?

—Venga, vamos a bañarle.

Fue toda una fiesta el lavar a aquel chuchó. Estábamos excitados porque era la primera vez que hacíamos algo parecido y aunque era muy dócil se nos escapaba de entre las manos mientras utilizábamos el gel y el champú que teníamos en casa y no parecía afectarle en absoluto. Era dócil, travieso, inteligente y juguetón, un calco de los chavales que lo estaban bañando junto a mí. Sí, era realmente mono y sentí por él cierta afinidad indescriptible por lo que no voy siquiera a tratar de explicársela.

Lo sacamos de la bañera y mientras lo secábamos pregunté que si alguien tenía idea de su raza. Ana intentó hacer memoria y dijo que era algo así como *Pacho*.

—¿No será Pichi? —pregunté.

—Sí, sí, eso.

En aquel momento mi gesto de alegría muto en incertidumbre. No podía ser tanta casualidad que después de haber oído a Nelly aquella historia surrealista acerca de un perro yo tuviera en mis manos a un individuo de aquella raza, más aún cuando jamás había oído hablar de ellos en mi vida. Lo cogí con suavidad e interés, volteándolo como hice con la grabadora e intentando buscar en su fisonomía alguna pista del porque había llegado hasta mis manos, tarea inútil a todas luces.





\*

Bien entrada la noche no podía conciliar el sueño. Daba millones de vueltas en la cama sin poder cerrar los ojos pero no tenía una idea clara del porqué. La mente daba vueltas de forma inconexa y si me preguntáis en que pensaba os juro que todavía no lo sé. En un instante me pareció oír a Nelson —nombre con el que habíamos bautizado al perrillo—, gimotear en el salón donde le habíamos habilitado un rincón para él solo. Bajé un poco preocupado por saber que le sucedía. No hizo falta encender la luz porque de la calle entraba una poca de la de las farolas y con eso me bastaba para ver al animalito. Me acerqué a él con cautela por si se había vuelto a dormir pero vi sus ojos en los que rebotaba la escasa iluminación de la sala. En un principio eran lindos, temerosos e inocentes, como los de cualquier cachorro pero según me acercaba a él su expresión cambió. Ahora eran unos ojos que me observaban inquisidores, hipnóticos, inexpresivos y diabólicos. Su cara ya no era tierna e inocente sino forjada en las calderas del mismísimo infierno, malévola y maléfica. Recuerdo que me paré de golpe al observar aquella metamorfosis pero algo me impelía a seguir andando hacia él, no sé si una mano invisible o una voz de ultratumba, la cuestión es que no podía detener mis pasos. Lo tomé entre mis brazos con cuidado, él callaba, sus ojos fijos en mí no se apartaban ni un solo instante produciéndome arcadas el hedor de su pestilente aliento. Sí, podría asegurarnos que estaba hipnotizado por aquel ser en principio inofensivo cuando me obligó a limpiar con la yema de mi dedo índice de la mano derecha las legañas de sus inmundos ojos y llevármelas a los míos en un gesto mecánico e irreflexivo.

Deje al animal en sus cesta con el mismo cuidado con el que lo levante y en ese instante su rostro volvió a ser el del tierno ser que se supone que era. Di media vuelta en dirección a la cama cuando sentí un profundo escalofrío que recorrió todo mi cuerpo en cuestión de milésimas de segundo. También creí oír unas voces penetrantes que sobrevolaban mi mente sin que las pudiera descifrar. Giré la cabeza y Nelson dormía así que supuse que era algo así como una pesadilla. Ya en la cama concilié rápidamente el sueño y no le di mayor importancia a ese suceso.

\*

Sonó el despertador y todos tuvimos que despertarnos. Esa mañana me sentía eufórico, lleno de una energía y vitalidad que no había sentido desde hacía mucho antes, de cuando todo iba bien y podía llevar la cabeza bien alta por la calle sin el temor a que alguien me la escupiera como pasaba ahora. No dejaba de ser un mantenido, en una casa que no era suya, sin empleo y con tantas deudas que había pensado alguna vez en abandonarlo todo, pero ni siquiera para eso tenía valor. Era poco menos que un amo de casa sin ideas, recursos ni iniciativa que veía sus años pasar envidiando a aquellos a los que la suerte no



había sido tan esquiva. Aun así cada mañana tenía que hacer acopio de fortaleza para afrontar un día medianamente digno y sobre todo que sus hijos no se enterasen de lo bajo que había caído su padre.

Pero hoy era diferente, hoy me sentía con unas inauditas ganas de comerme el mundo y a todos aquellos que se me cruzasen por el camino. Hoy parecía ser un punto de inflexión en mi desdichada vida, y esos a los que llamaba hijos y esa a la que llamaba mujer serían los primeros en experimentar a este nuevo ser. Cuando les miraba sus imágenes aparecían entre una especie de aureolas que no dejaban que me percatara del resto de las cosas. No les oía con claridad sino como si estuvieran alejados y sus voces fueran el eco de un eco lejano e impreciso.

Al despedirse mi mujer me recordó que buscase empleo, que ya estaba bien de holgazanear, y un montón más de obligaciones domésticas a las que cada vez veía con menos sentido. No le respondí, me limité a hacer un gesto con la boca parecido a una sonrisa socarrona y despectiva. No me despedí de mi mujer ni de los niños, no me importaba ya, ¿Quiénes eran ellos para influenciar lo más mínimo a este germen que estaba aflorando en mí? Eran minúsculas criaturas sin importancia a las que no debía de dedicar más tiempo que el que dedicase a cualquier otra minucia.

Fui al salón y comprobé como Nelson retozaba entre sus mantitas sin hacer prácticamente ruido y sin percatarse de mi presencia. De inmediato subí a la segunda planta, al aseo, y me detuve a mirarme en el espejo. Mis ojeras se habían borrado casi en su totalidad y los sucos de la cara y las arrugas de cincuentón parecían haber pasado a mejor vida. No podía dar crédito a lo que veía así que no hacía más que mirarme desde distintas posiciones y ángulos, probando con distintas luces. Pareciera que realmente esos signos de vejez inminente habían desaparecido. No supe si alegrarme o asombrarme así que opté por intentar olvidar y ponerme a transcribir las palabras que grabé de la anciana, después de desayunar, claro está.

Llevaba apenas media hora de ardua transcripción cuando alguien llamó a la puerta. Intenté ignorarlo porque nada bueno se puede esperar de alguien que llama a casa a esas horas, pero ante la insistencia no tuve más remedio que dejar las gafas junto al teclado y bajar a abrir.

Al abrir la puerta me encontré con una linda mujer que rondaría los treinta y cinco años de edad y el 1,70 de estatura. Era una mulatita deliciosa y delicada sin duda. Por su acento supuse que era cubana aunque también supuse que eran muchos los años de estancia en España por palabras y giros que solo tenemos aquí. Su voz era aguda y agradable, sus labios gruesos perfilados por algún artista al que hayan amputado las manos para no poder reproducir jamás algo parecido. Vestía un vestido negro de gasa semitransparente con un amplio

escote que dejaba entrever un par de firmes y perfectos senos. Como complementos un grueso cinturón decorado con figuras geométricas, unos grandes pendientes que se hacían ver entre un abundante y ensortijado cabello y una pulsera en el tobillo derecho de vivos colores que provocaba que mirase hacia allí cuando dejaba de admirar su idílico rostro. Era perfecta, un sueño hecho realidad y estaba allí ante mi puerta. Como podréis imaginar supuse que estaría vendiendo algo pero me equivoqué, o eso creí.

—Hola, buenos días —saludó amablemente—. Soy Bárbara, tu nueva vecina del C y quería presentarme.

—¿Qué tal estás? Soy Fran, tu viejo vecino del B —bromeo—. Encantado de conocerte

—Te vi ayer entrar aquí y solo quería que supieras de mi existencia, ya sabes, para que la convivencia no sea tan fría jajaja.

—Pues nada, Bárbara, es un auténtico placer conocerte ¿quieres pasar? —pregunté con la absoluta certeza de que declinaría mi ofrecimiento—. ¿Quién iba a aceptar pasar a la casa de un desconocido de aquella manera? Pero ella lo hizo y reconozco que me agradó que sus pies pisasen mi humilde hogar.

Entró absolutamente decidida al salón, como si ya supiera donde estaba, sin dilación y sin ningún tipo de pudor. Se acercó a Nelson, le acarició y le dedicó una sonrisa cómplice como si también le conociera. El animal le lamió las manos, las mordisqueó y no separaba su hocico de las piernas de la hermosa mujer, para mí todavía una chiquilla. Se sentó en el sofá, cruzó las piernas y a través de la gasa podía entrever sus delgadas y perfiladas piernas, estilizadas, imaculadas.

—Ponme algo de beber, ya sabes lo que me gusta.

Aquella orden me dejó un poco trastocado ¿Cómo podría saber yo lo que esa señorita podría desear? Sin embargo me fui al bar del armario del salón, saqué la crema de whisky, llené una copa sin hielo y se la ofrecí con la total convicción de que sería de su agrado.

—Me encanta, es lo que siempre bebo —dijo—. Casualmente era lo que yo siempre tomaba y ver como se sentía cómoda me reconfortó.

Veía como Nelson no se separaba de ella acurrucado entre sus piernas, como lo haría un perro ante su dueña. Yo entrecerraba los ojos de incredulidad y no paraba de pensar si habría habido algo entre ellos dos.

—Ya veo que os lleváis muy bien vosotros dos ¿eh?

—Allá de donde yo vengo los perros y los que no lo somos formamos una especie de hermandad —me contaba mientras acariciaba al animal—, nos complementamos y apoyamos, nos conocemos muy a fondo y por supuesto nos amamos.

Nelson incluso parecía comprender sus palabras y con cada una de ellas parecía estar más unido a la chica.

—Si quieres te lo regalo. A mí me lo dieron ayer pero ya veo que contigo se lleva estupendamente.

No, no hace falta. Yo se siempre dónde está, que está contigo y que te hará más falta que a mí.

Me pareció extraño lo que decía pero no quise indagar en busca de un significado que a lo mejor no tenía, así que me relajé y seguí con la conversación. Bárbara era inteligente, agradable, jovial y de una risa fácil, espontánea, sincera y escandalosa. Era fácil seguirla en su conversación y me agradaba su sola presencia. No paraba de pensar que si fuera más joven, soltero y con una mejor situación económica no habría fuerza humana ni divina sobre la tierra que me separara de ella, ni siquiera ella misma. Pero todo estaba en mi contra por lo que no hice ningún ademán de seducirla, parecería un maduro patético intentando ganarse los favores de una bella y joven princesa. Yo no estaba por la labor de quedar más en ridículo de lo que en los últimos años había quedado tras mi ruina personal y económica.

Era maravillosa aunque solo tenía un defecto que para mí la hacía más interesante e inquietante todavía, era tartamuda. Con una tartamudez que me hacía disfrutar de cada palabra en la que se atascaba y que repetía insistentemente hasta que terminaba de decirla. No se alteraba en absoluto e incluso de mofaba de su supuesto defecto

—Ya ves, soy tar...tar...tartaja. —me comentaba mientras reía—. No me preocupa y tengo que admitirlo y asumirlo porque soy así, sin más.

—A mí me parece muy divertido, te hace especial. Pero en mi presencia no digas que eres tartaja, ni tartamuda, ni nada por el estilo. Tienes una forma peculiar de hablar y ya está. Yo por ejemplo soy daltónico, tengo una forma muy personal de ver el mundo que muy pocos ven —bromeo—, y aquí me tienes, un individuo único e irrepetible.

—Sí, lo sabía —ella asintió con su natural simpatía y sin darle mayor importancia continuamos hablando durante un larguísimo tiempo de lo humano y de lo divino.

Finalmente di por terminada la conversación por mucho que me doliera acabar, pero tenía que ir a por los niños al colegio y ni siquiera tenía la comida hecha.

La llevé hasta la salida. Iba yo delante hablando en dirección a la puerta y Bárbara y el bicho detrás. Al abrirla me di la vuelta y por un segundo creí ver a ambos como clavaban en mí sus ojos, pero unos ojos ya no humanos ni caninos, sino enormes y fríos, inexpresivos, como los de mi sueño de esa noche con Nelson. Me sobrecogieron el corazón y el alma en una décima de segundo, mi respiración se entrecortó y el pulso ya no sé si se aceleró o desapareció. Agaché la cabeza, tomé aire y recopilando fuerzas de no sé dónde la volví a

levantar. Esta vez la expresión de ambos era normal, nada había pasado y seguro que fueron imaginaciones mías efecto de mi natural estado depresivo. Un nuevo sueño, esta vez despierto pero pasan cosas peores ¿o no?

—En fin Bárbara, ya nos veremos. Ha sido muy grato conversar contigo todo este rato pero comprende que tengo cosas que hacer y el tiempo se me echa encima. Es como si te conociera de toda la vida, de verdad, y como si tú me conocieras a mí, es muy raro ¿verdad?

—No, no lo es. Nos conocemos mucho mejor de lo que ambos creemos, no lo dudes

Aquello me dejó muy pensativo durante un segundo pero no tenía tiempo para mucho más así que no seguí pensando en ello.

Al besarla en la despedida su beso se tornó dulcísimo en la mejilla y sus diminutos dedos acariciaron mi rostro de arriba hacia abajo, del pómulos a la barbilla donde me dio un suave pellizco.

Al verla avanzar por el pasillo que daba a su casa le dije.

—Adiós Bárbara, ya nos veremos.

Se paró un segundo y sin volver la cabeza musitó entre susurros.

—Antes de lo que crees, tenlo por seguro.

Cerré la puerta y al pasar por el espejo del pasillo hice lo de siempre, mirar mi estúpida cara para comprobar como las ojeras, los surcos y las arrugas se iban haciendo dueños de ella. Sin embargo esta vez no pareció que el deterioro fuese tan grave, sería que descansé bien esa noche o que mi biorritmo estaba en su apogeo. Así que me guiñé un ojo y continué andando. Vi como Nelson se volvía a acurrucar entre sus mantas y si no fuera porque en la mesa había dos vasos de licor a medio terminar hubiese jurado que nadie hubiera estado allí. Eso sí, rematé la bebida para que no se desperdiciara, incluso la de ella porque no tenía ningún escrúpulo de beber directamente de su vaso, incluso lo deseaba, lo necesitaba.

Recogí a los niños de su colegio y los traje a casa sin apenas saludarlos. Ya se encargaban ellos con sus risas y sus llantos de no pasar desapercibidos ante mí y doy fe de que lo conseguían. Improvisé una comida con congelados y un poco de pasta, descansaron un poquito y se pusieron a hacer deberes. Por mi parte me eché en el sofá para ver la tele y dejar que el letargo hiciera presa en mí y lo cierto es que no me resistí demasiado. No sé el tiempo que pasaría hasta que me desperté pero no creo que fuese mucho. Los niños seguían a lo suyo y el perro en su rincón, ignorándome...mejor, más calma. Pasaron unos minutos y paulatinamente empecé a sentirme un poco indispuerto, no sabría explicaros, desazonado, preocupado, alterado, no sé. Una extraña sensación se iba adueñando de mí, se oscurecía mi visión, me oprimía el pecho, sudaba injustificadamente, La respiración parecía faltarme y al mirar al techo una negra

sombra pareció pintar cada milímetro de un gris opaco. Me di la vuelta y Nelson me miraba con esos enormes ojos e incluso podía oler aquel aliento fétido de la noche anterior proveniente de sus fauces. Era una sensación angustiosa, fría e indeseable. No sé por qué en aquel momento recordé a Bárbara y con ella a todos los vecinos de la comunidad, que tontería ¿o no? Una estupidez, sin duda. De golpe, igual que vino se fue y me sentí descansar. La sombra, mi malestar y el rostro tétrico del can desaparecieron. Fui al mueble bar y me serví otro licor, estaba bebiendo demasiado pero un susto como aquel no se tiene todos los días, o al menos así me justificaba. Puse la radio y dejé que la música se hiciera cargo de mí durante un largo rato.

Llamaron a la puerta con insistencia, al timbre, con la palma de la mano, sin mesura, rabiosamente. Sin duda algo grave tendría que haber pasado. Me dirigí a la puerta y cuando la abrí vi como Modesta, la vecina del A corría sin sentido hacia su casa dejando la puerta entreabierta.

—No os mováis, chicos, ahora vengo —grité a los enanos.

De cualquier manera, en zapatillas y todavía aletargado recorrí los escasos diez metros que separaban ambas viviendas, entré en el piso y guiado de sus balbuceos sin sentido llegué hasta ella.

—¡Esteban, Estaban! —clamaba.

La seguí a la cocina, al dormitorio...vagaba sin rumbo.

—¿Qué te ocurre Modesta? ¿Qué pasa con Esteban?

Modesta era una mujer mayor, rondaría los 80 años de edad. Siempre se movía muy erguida, muy digna y no parecía tener muchas limitaciones motoras pero su mente estaba trastocada. Aunque nunca había sido especialmente inteligente ni avispada, en los últimos años el Alzheimer se había adueñado de ella. Su vida de por sí monótona llegó a convertirse en una sucesión de despropósitos. Sin embargo ese día estaba especialmente alterada, nunca la había visto igual de nerviosa y activa. No me dio buena espina y supuse que realmente algo malo habría pasado. La acompañé por las estancias sin ver nada anómalo y por fin pensé en buscar en la terraza acristalada. Allí me encontré con la razón de tanto alboroto, Esteban colgaba de un soporte del aire acondicionado. Había atado una fina cuerda, de las de tender, para ahorcarse. Realmente fue muy ingenioso porque la longitud de la cuerda sería de aproximadamente un palmo, con seguros nudos para que no pudieran deshacerse con su peso. Era muy hábil, recuerdo que siempre se prestaba a ayudar en las chapuzas de los vecinos y lo hacía estupendamente, dedicándoles tiempo y destreza.

Su cara estaba morada y los pies tocaban el suelo, su lengua no asomaba y el gesto no era de desesperación sino de descanso. Quizá al quitarse la vida pensaba que sus desgracias habrían terminado, pero era imposible pensar que una persona tan cautelosa, tranquila y ordenada albergara en su mente ideas suicidas ¿o no?

Pedí a Modesta un cuchillo que a duras penas me pudo traer por su enfermedad, corté la cuerda y el cuerpo se me vino encima con todo su peso incontrolado, intenté reanimarle como buenamente pude pero yo creo que ya había fallecido desde hacía un rato. Todos mis intentos fueron inútiles. En el suelo y en los pantalones del hombre quedó el rastro de su orina tibia ya. Modesta se abrazó a él en el suelo mientras le preguntaba que por qué lo había hecho, del porque la había abandonado. Tomé el teléfono y llamé a la policía que se presentó allí al poco simplemente para verificar su muerte y hacerme las preguntas normales en estos casos. Sobre todo se centraron en el relativamente extraño hecho de que los pies tocaran el suelo porque instintivamente la mayoría de los individuos que toman la decisión de suicidarse se arrepienten cuando ya se han puesto manos a la obra, pero por lo visto no todos tienen el mismo instinto ¿o no?

A la mañana siguiente fue su funeral y entierro. Aunque le habían practicado la autopsia su rostro tenía el mismo rictus de tranquilidad del día anterior y sin duda ahora descansaba. Mientras que guardaban el féretro en un nicho a cinco metros de altura no hacía más que mirar a la desconsolada viuda, confundida, balbuceante. No sé cómo verdaderamente podía asimilar la muerte de su marido y único compañero durante tantos años una persona con aquellas carencias. La consolaba su cuñada, que en un principio se había comprometido a cuidarla a la espera de que todo se estabilizara. Yo miraba con cara de circunstancias a mi mujer y esta me apretaba con fuerza el brazo, supuso que había pasado el peor de los tragos de mi vida hasta el momento y no le faltaba la razón. Sin embargo estaba deseando que acabase toda aquella farsa para poderme dedicar a mi mayor afición, no hacer absolutamente nada y holgar todo lo posible aderezándolo con unas copitas de licor de whisky. Aquello me hizo pensar por un momento en la visita de Bárbara del día anterior.

—Discúlpame cariño, voy al servicio.

Saliendo de él me encontré de bruces con Bárbara. No me percaté hasta ese momento de su presencia pero allí estaba, de cara a mí, recta, con los brazos caídos hacia los lados, con su precioso pelo ensortijado y en sus labios la mayor de las sonrisas.

—Hola Fran. ¿Cómo te encuentras?

—Hola vecina, ya vez. Supongo que has venido por lo del vecino, por Esteban

—Claro, ¿por quién si no?

—Sabrás que fui yo quien encontró el cadáver.

La mujer asintió con la cabeza sin articular palabra pero su gesto de beneplácito, aunque se atenuó, seguía siendo el mismo.

—Claro que lo sé. Cuéntame del bueno de Esteban.

—Encuentro increíble que se haya suicidado porque no creo que tuviera razones objetivas para hacerlo. Era un buen hombre, cauto, colaborador. Iba con su mujer a todos lados y como casi todas eran viudas o sus maridos simplemente no las acompañaban resultaba que él era el único hombre entre un montón de viejas. Aunque no sea muy divertido no creo que sea razón para lo que pasó.

—Ya veo. ¿En qué situación queda su mujer ahora?

—No se va a quedar sola al menos por el momento. Se la llevará su cuñada para cuidarla hasta nueva orden. Mi mujer me ha comentado que yo podría ofrecerme a cuidarla durante el día dado que no estoy haciendo algo de provecho pero no creo que pueda soportar a una vieja chocha, limpiarla ni aguantar sus sandeces.

Yo mismo me asombraba oyéndome hablar de esa manera tan despectiva. Quizá alguna vez —de vez en cuando— pudiera pensarlo pero no solía hablar así de nadie y sobre todo ante un extraño. Supongo que Bárbara inconscientemente ya no era una extraña para mí, pero lo era, ¿o no?

—Así que una chocha...

—Puede que me haya excedido un poco. No me lo tomes en consideración.

—Una vieja chocha que ha podido hacer de la vida de su marido un auténtico infierno...

—Yo no he dicho tal cosa.

—Pero seguro que siempre lo has pensado.

—Eso no viene al caso. Ya no se ni que pensar.

—¿Y qué me dices de la cara de alivio del difunto? ¿No crees que es suficiente razón para huir de esta vida inútil, llena de gente inútil y de trabajo inútil?

La expresión de la bella mujer ya no era la misma. Se tornó sombría aunque no dramática sino de una seriedad flemática que me impresionó.

—¿Cómo sabes cómo estaba su cara? ¿Quién te lo ha dicho?

De nuevo la cara se le ilumina con un gesto que me pareció socarrón.

—Conozco más de ti de lo que pudieras imaginar.

Oí la voz de mi mujer por detrás llamándome y giré la cabeza.

—Ah, estás aquí. Mira, voy a presentarte a la nueva vecina.

Al girarme otra vez la chica no estaba, desapareció sin haberme dado siquiera cuenta

—¿Dónde está?

—Pues no lo sé, es un misterio jajaja.

—No sabía queuviésemos una vecina nueva.

—Sí, en el C.

—Qué raro, el cartel sigue puesto en la ventana.